

31 de diciembre de 2002, siete meses después

M. MARTINEZ GARCIA

VALORIA LA BUENA.- Engañar al tiempo, esa ficción de contornos imprecisos, por un rato. En Valoria la Buena lo llevan haciendo desde 1995 y cada vez más personas se apuntan al «juego». Hasta 6.000 acudieron el sábado a celebrar el fin de año desde la Plaza de la Iglesia de la localidad vallisoletana, en busca de que agosto les regalara una noche plena de sensaciones, pero de invierno.

Al visitante le sorprendía la iluminación de las calles, con bombillas de colores que simulaban campanas. La música conducía hasta una cola de personas que esperaban su turno para acceder a la plaza. Cada participante recibía una bolsa con 12 uvas y un vaso de plástico lleno de cava. «Damos una botella a los grupos de seis», comentaba una de las encargadas de la organización. 700 repartió el Ayuntamiento, y 600 kilos de uvas. «Hemos preparado unas 4.500 raciones pero, como siempre, nos hemos quedado cortos», explicó el alcalde, Javier Calvo, que vivía su octava nochevieja veraniega como regidor. Dentro del recinto, antifaces, matusugras y serpentinatas ponían el toque navideño en los atuendos de los presentes. Un conjunto brasileño, que por segunda ocasión animaba la fiesta, se llevaba de calle la atención. Ataviadas con grandes plumas verdes y rosas, las bailarinas meneaban las caderas y estimulaban al público a brincar.

Un grupo de amigos de mediana edad, tocados con gorros rojos, había llegado desde Valladolid con el objetivo de dar la bienvenida al año nuevo «con buena temperatura». «Antes apenas éramos unos cientos y ahora no se cabe», voceaba, por

6.000 personas se dan cita en Valoria la Buena para celebrar, por octavo año consecutivo, una Nochevieja rebosante de calor ambiental



Los ritmos brasileños inundaron las calles y caldearon los ánimos de los espectadores.



No faltaron los dulces navideños, que muchos degustaron con fruición.

encima del griterío que saturaba el ambiente, un miembro de la Peña «Los Invasores». La algarabía y los saltos de la concurrencia subían cuando los potentes focos de las cámaras de televisión se dirigían a ellos. Instantes antes de la medianoche se mantenía la espera para entrar en la plaza.

Los repiques, grabados de las campanas del templo local un 31 de diciembre, sonaron a las doce en punto. Lluvia de aplausos, descorchos y deseos de feliz medio año nuevo! sucedieron a la ingestión de las uvas. El aire se llenó de hilvanos de champán. Por los altavoces, a todo volumen, el «Ave María» de David Bisbal. El zambombazo de un par de petardos hizo alejarse raudas a varias bandadas de pájaros de la torre del templo. Un matrimonio procedente de Madrid, que había hecho un alto en Valoria camino de Santander, no daba crédito a la cantidad de gente congregada, «aunque habíamos oído que venía mucha». Pedro, que se había acercado a la iglesia, donde repartían mazapanes, lucía junto a sus amigos camisetas con la leyenda «Año nuevo, boda nueva». El joven despedía también soltería celebrándolo con su panda «un día como hoy, por ahorran».

Los ritmos cariosos se llevaron al público hacia La Pista, donde se iba a celebrar la discomovida y el espectáculo pirotécnico, dejando a su paso ese aspecto de desorden y suciedad que sucede a la despreocupación de un pueblo en fiesta. La velada no había hecho más que empezar. «Para que todos los días sean Navidad», entonó una amplificadora voz de Rosana nada más finalizar los fuegos artificiales. Y todos los veranos, en Valoria, Nochevieja.

Los polvorones y los mazapanes y el turrón vuelven por agosto

El primer sábado de agosto Valoria celebra, desde hace ya ocho años, su particular nochevieja. El 31 de diciembre de 1995 el pueblo sufrió un apagón, debido a una tormenta, media hora antes de la medianoche, por lo que se decidió trasladar el festejo al verano para resarcirse «en condiciones». La ocurrencia gustó, así que no ha habido más remedio que repetirla.

Y es que no hay excusa mala para convertir un fin de semana del estío en una fiesta. La presente edición ha incorporado dos novedades, un concurso de dibujo de felicitaciones navideñas «con alta participación de los más pequeños», según el concejal Manuel Vázquez, y un karaoke de villancicos tradicionales. Los «valientes» que se atrevieron a coger el micrófono recibieron un obsequio.

A las doce de la noche el municipio multiplicó su población por diez mil. Muchos peñistas habían preparado un desayuno con el que recuperar fuerzas tras la juerga. Eloy, miembro de «El Porróncllo», pensaba estar de marcha «hasta que me toque abrir el bar de la piscina, al mediodía. Y pensar que al principio estábamos sólo los del pueblo», exclamaba. Varias componentes de «Destorlongo», que ofrecían polvorones y turrón, explicaban que, en esta ocasión, habían optado por no disfrazarse: «Lo hicimos el año pasado y soportamos un calor horrible».